De mujeres que planchan acompañadas con la radio

Lorena Hernández Vargas

Me declaro una ferviente admiradora de la radio, medio al que siempre me he dirigido con devoción y respeto. Siendo niña me arrullaba con los sonidos apagados que producían los balazos de Porfirio Cadena, también conocido como "El ojo de vidrio", el bandido veterano del Huajuco en la época más tremenda de su vida.

Estimulada por la historia que se desarrollaba con sonidos, imaginaba escenas llenas de acción que tenían lugar en enormes ranchos ganaderos o al cobijo de algún plantío de marihuana.

Las aventuras de Porfirio se volvían también las mías. Su respiración agitada o su voz entrecortada me hacían invariablemente intentar avisarle por dónde le llegaría algún golpe traicionero. Estas alertas debía comunicárselas en voz baja o de lo contrario mi mamá se daría cuenta de que siendo tarde seguía yo despierta, y peor aún, oyendo una radionovela de tramas no muy aconsejables cuyos capítulos transcurrían entre animadas notas de alguna típica polca.

Pronto tuve una cómplice fiel que me acompañaba en mis tropelías nocturnas: Cuca, la ayudante de mi mamá, se quedaba a dormir en la casa y por las noches, antes de acostarse, le gustaba ponerse a planchar mientras escuchaba la radio. Nos divertíamos sintonizando estaciones de Monterrey, que en ese entonces a mí me parecía quedaba del otro lado del universo —nunca fui buena en geografía— o rastreábamos la débil señal proveniente de lugares distantes como algún punto de Estados Unidos que transmitía —por supuesto— en inglés y que nunca entendíamos, pero que escuchábamos porque nos parecía fascinante el sonido que producían las palabras raras con erres rasposas que salían de nuestro aparato de radio.

Además de buscar afanosamente contactos del tipo radiofónico con voces y acentos tan distintos a los nuestros nos dedicábamos con verdadero deleite a escuchar las peripecias del "invencible" Porfirio Cadena, idealizadas en aquellas noches infantiles que casi se salía del radio montado en un caballo blanquísimo, que contrastaba vivamente con su piel requemada por el sol norteño y de tanto andar escondiéndose en los desiertos como coyote.

La mirada verde botella del ojo falso de Porfirio, que parecía parpadear desde el cuadrante, me llenaba de temor y admiración. Era un bandido alegre, sin duda, ya que los momentos más truculentos de sus aventuras contaban con el fondo musical de los rítmicos compases de un acordeón.

Cuca era tan aficionada como yo a tener la oreja pegada a todo cuanto sugería la radio y que luego cobraba forma, color y olor en nuestra imaginación. Por supuesto veíamos muy poco la tele, no se comparaba al placer de escuchar y echar a volar la imaginación que sin esfuerzo se iba galopando tras un cuaco indomable y velocísimo que nos hacía recorrer igual desiertos que llanuras en una operación escape que nos

ponía a salvo de nuestros captores, hombres que por lo general resultaban crueles y sanguinarios, no en balde, en un descuido dejaron a Porfirio tuerto.

Y aquí nos referimos a experiencias educativas que no sólo tienen que ver con planes de estudio o con tareas que se desarrollan dentro del aula, sino también de quienes consideran que a través del análisis de la producción radiofónica que se encuentra al aire pueden aprender mucho de su contexto social y cultural. Por ejemplo, pensemos en un grupo de estudio de asuntos de género que sesionan semanalmente y cuyo presupuesto no les permita elaborar material audiovisual especializado en el tema, si descubren el enorme potencial que encierra la radio descubrirán que la misoginia de José Alfredo Jiménez, la resignación de Pedro Infante y los reclamos de las melodías interpretadas por Lupita D'alessio, dicen mucho acerca de las relaciones amorosas e idealizadas que se tejen entre las personas, son piezas elocuentes de lo socialmente permisible o censurable. Lo mismo con un anuncio radiofónico de una mueblería que invita a consumir despiadadamente todo tipo de electrodomésticos para quedar bien con la esposa, la mamá o la tía, y así nos podemos ir sin agotar el fascinante filón que puede encerar la radio comercial o de la otra (educativa, cultural).



Continuando con lo anterior, podemos preguntarnos cosas como las siguientes: ¿cuáles son los terrenos que aún no han sido debidamente recorridos por todas las personas interesadas en la educación, si es que los han tenido, de experimentar con la radio como auxiliar para la enseñanza? ¿Qué posibilidades existen de tender puentes y no de reforzar la enemistad entre medios masivos de comunicación y educadores de instituciones educativas, ONGs, padres de familia, etcétera? ¿Qué pasaría si la radio hecha en las universidades no sólo se limitara a dar cursos de idiomas en horarios matutinos ni a tocar a Chopin, ni siquiera a enseñar a leer, sino que verdaderamente enseñara a escuchar y a hablar y defendiera ambas posibilidades como lo más valioso con que podemos contar los seres humanos para decir lo que nos duele e indigna y así llegar a la conclusión de que los asuntos que preocupan a una, también le inquietan a la vecina o al vecino, y si ambos nos unimos, por lo menos nuestras voces se escucharán más fuerte?

¿Qué sucedería si las mujeres exigimos otro tipo de radio además del que ofrece recetas de cocina, o mejor aún, qué tal si empezamos a buscar otra forma de escuchar la radio y la compartimos en un sentido generoso de crecimiento comunitario? ¿Qué pasaría si con esa nueva lectura los propios programas gastronómicos nos ayudan a aprender muchísimas cosas más que a preparar un pastel perfectamente horneado?

Hace poco sintonicé con curiosidad la radio y encontré a Porfirio a mediodía con repetición en el horario nocturno, sus espuelas me parecieron menos brillantes que cuando era niña y no me conmovió mucho que estuviera en la cárcel, por culpa de una mujer, Genoveva, a la que él criticó diciendo que ni siquiera a mujer llegaba, sino que era una loba. Porfirio, víctima triste en chirona clamaba con cierto aire patético que estaba en la sombra por haber preferido ser sincero y no engañar a Genoveva, diciéndole después de haber tenido sexo con ella que no la amaba, que no le pidiera que se casaran. Finalmente a él qué le hubiera costado hacerla creer lo contrario. De pronto la personalidad de Genoveva se me antojó más interesante y a pesar de su voz enérgica ni siquiera la recordaba. No es gratuito que las voces de las mujeres a veces parezcan inaudibles.

Dice Jesús Galindo: "La vieja comunicación está por vivir sus últimos momentos, la nueva comunicación de sentido dialógico está en proceso de emergencia general".

Qué lástima que los avances tecnológicos de entonces no hubieran permitido que nuestro héroe tuviera un ojo biónico para así detener los ataques traicioneros con mayor presteza. Así, lo que pudiera considerarse una limitante física no sería una debilidad sino una ventaja que lo hiciera más poderoso, o por lo menos que su ojo lo hiciera ver más atractivo si un buen artesano le hubiera elaborado una hermosa pieza de vidrio soplado, más cercana a nuestras posibilidades tecnológicas y además un buen pretexto para preservar nuestras tradiciones.

Y así el asunto del ojo vidrioso se convirtió en excusa para que Cuca me permitiera conocer la infancia de "Refugito", sus trenzas largas y bien peinadas, su madre trabajando en la cosecha de uva en Estados Unidos y una madrina que le enseñó a perderle el miedo a la plancha poniéndole la palma de la mano sobre la superficie ardiente, todo con la mejor intención de que se le hiciera callo, así, cuando estuviera grande se convertiría en buena planchadora y se ganaría la vida, quitándole las arrugas a camisas, faldas, blusas y vestidos ajenos.

Cuca nunca se refirió a su madrina en ningún tono que evidenciara su rencor por aquellas quemaduras que afortunadamente habían cicatrizado, pero aquella imagen de una niña enclenque y llorosa con las manos enrojecidas por culpa de unas enormes ampollas me persiguió muchas veces. Lo que para ella fue la iniciación de un oficio, para mí fue la más terrible muestra de crueldad.

Nuestras conversaciones se volvían interminables al calor de la radio y cuando los anuncios nos permitían desentendernos de los problemas de Porfirio, aprovechábamos para hablar. Cuca lo hacía más que yo, encontraba una confidente bien dispuesta, disciplinada a poner atención a lo que los demás decían como resultado de permanecer durante horas expuesta a los mensajes de la radio.

¿Qué tan educativa puede considerarse esta experiencia? Quizá desde el punto de vista de la educación formal ninguna, pero en el contexto de la educación informal el sentido del oído se desarrollaba estimulado por las narraciones de aventuras que tanto éxito tuvieron en la época de oro de las radionovelas. ¿Quién no recuerda a personajes entrañables como Chucho el Roto? O a todo el reparto que provocaba cataratas de llanto en los escuchas de "El derecho de nacer" y que por supuesto podían considerarse aguerridas defensoras de la causa antiaborto.

Me pregunto qué tanto influyó la televisión no sólo para que aprendiéramos a ver en secuencias cada vez más rápidas, sino para que no desarrolláramos igual el sentido del oído y cuáles son las implicaciones que esto puede tener en otros momentos de la vida diaria. Muchas madres se quejan de que sus hijos adolescentes parecen de pronto estar tan sordos como una tapia, las parejas se recriminan que nunca escucha uno lo que con tantos esfuerzos dice la otra y viceversa. Los nietos se lamentan de sus abuelitas platicadoras cuyas conversaciones les exigen un esfuerzo de concentración que no están acostumbrados a realizar, pues su formación es más visual que auditiva.

La radio nos volvía más conversadores, nos convertía en mejores escuchas. Es posible hablar de oyentes activos que desde su sala o su recámara se ponen a inventar su propia historia, sin necesidad de convertirse en productores profesionales de radio y hacer lo mismo pero desde el otro lado del aparato receptor.

Aprender a escuchar, gustar del intercambio de ideas a través de la conversación, desarrollar cierto gusto musical, todas estas experiencias, ¿en qué medida pueden considerarse partes del proceso educativo? Si son educativas, ¿hasta qué punto son planeadas? ¿A qué intereses responden? ¿Cómo pueden ser evaluadas? ¿Hacia dónde debieran ser orientadas?

Recuerdo que por esas mismas fechas en que era aficionada a seguir con detalle la vida de Porfirio, salió al aire una radionovela que había sido esperada con ansiedad por el público que gustaba de ese género. En mi casa sólo se oyeron unos cuantos capítulos, el tema fundamental giraba en torno a la planificación familiar. Por supuesto, éste era el pretexto para que los guionistas se aventaran unos dramonones de muchos vuelos y poco alcance del tipo del señor muy macho que quería diez hijos como prueba de su masculinidad y la esposa que sólo podía tener dos porque su salud se encontraba en condiciones precarias. Mientras la mamá de la señora lloraba con desesperación la posible muerte de su hija si se embarazaba nuevamente, la suegra insistía en que su hijo debía ser padre otra vez y no hacer caso a su mujer quejica, que ella misma había parido trece y seguía como si nada.

El público hizo oídos sordos a las menudencias reproductivas de los atormentados personajes de la historia y no se interesó mayormente por el espiral, el diu, los preservativos, la píldora o los espermicidas.

No se inquietó en lo absoluto por la insistencia de la suegra vengativa que quería que ella también se pusiera a parir chayotes.

Esa radionovela en particular —de la que no recuerdo con precisión los detalles— tenía el propósito de convertirse en una experiencia de radio educativa para controlar el índice de natalidad, en tiempos en los que la consigna "la familia pequeña vive mejor" era la fórmula para combatir la pobreza y la marginación. Sin embargo, la serie caía en la tentación de dirigir, controlar y esterilizar al máximo las calenturas de los escuchas y muchas amas de casa prefirieron hacer la siesta mientras transmitían el episodio correspondiente, o de plano planchar arrulladas por el ruido del vapor o la plática con las amigas. ¿Qué hubiera pasado si en lugar de crear esta serie con tintes de sermonear a la gente y decirle lo que debe hacer y lo que no se hubiera retomado del material ya existente para utilizarlo con fines didácticos? Este esfuerzo de educación sexual por radio se convirtió en la muestra más clara de la dificultad de vincular las experiencias educativas con los sucesos de la vida cotidiana como la maternidad, la sexualidad y todo lo relacionado con la salud reproductiva.

¿Qué habría pasado si en uno de los capítulos del Ojo de vidrio, Rosendo Bernal, el guionista de la radionovela, coloca a Porfirio en el papel de abuelo? ¿Qué sucedería si se descubre que el mismísimo Kalimán era el padre de Solín y su oscuro pasado lo obligó a mantener en secreto ese vínculo filial, que no sólo les quitaba el estatus de maestro y discípulo, sino que les impedía vivir abiertamente una relación de padre e hijo? Todo a causa de los prejuicios en torno a la paternidad y al deber ser de la institución familiar.

Porque no podemos pensar que las producciones de la radio comercial pueden convertirse en radio educativa, si se logra encontrar la pauta de utilizar los mensajes ya existentes, o por ese medio transmitidos en auxiliares didácticos para reforzar los contenidos de los programas escolares, e incluso discutir asuntos de vigencia y actualidad que aún no aparecen documentados sistemáticamente, o que ni siquiera son mencionados en los libros de texto gratuito.

Sobre todo si consideramos los costos de producción y las dificultades de encontrar espacios en el cuadrante que posibiliten la transmisión de los mensajes producidos con otros fines que no sean vender o que se encuentren dentro de los esquemas de la mercadotecnia y la publicidad.

Podemos trabajar, si es que creemos en ello, por posibilitar que de nuestros aparatos de radio emerjan revoluciones y también por tener la capacidad de escucharlas en medio de tantos mensajes de decadencia y desesperanza. ♦

